



DESNUDA
LA NOCHE

SHERRILYN
KENYON



En el mundo de los Were-Hunter los depredadores se comen unos a los otros. El peligro de ser cazado algún día. No hay nadie en quién confiar. Nadie a quién amar. No si quieren vivir...

Huérfano sin ningún clan que lo reclame, Wren Tigarian creció hasta la edad adulta bajo el cercano escrutinio y desconfianza de aquellos que lo rodeaban. Una prohibida mezcla de dos animales —un leopardo blanco de las nieves y un tigre blanco— Wren nunca escuchaba a nadie cuando había algo que quería. Ahora, quería a Marguerite.

Marguerite D'Aubert Goudeau es la hija de un importante Senador de los US que odia la vida social a la que está forzada a vivir. Al igual que su madre antes que ella, tiene unas fuertes raíces cájun que su padre no entiende. Aún así, no tiene elección excepto intentarlo y enfrentarse a un mundo en el que se siente igual que una extraña. Pero el mundo de los ricos y poderosos humanos nunca ha conocido el mundo de los Were-Hunters quienes existen a su lado, invisibles, desconocidos, indetectables. Quebrar esta ley es enfrentarse a la ira de la orden más alta.

Con el ansia de tener a Marguerite, Wren debe pelear no sólo con los humanos que nunca aceptarán su naturaleza animal, sino con los Were-Hunter que quieren verlo muerto por poner en peligro su mundo.

Limani

En el interior de los hombres y de las bestias reside el deseo eterno de hallar un puerto seguro. Un lugar donde refugiarse de las persecuciones y donde se esté libre de peligro. Sin embargo, mucho tiempo atrás no existía tal lugar para aquellos que eran hombre y bestia a la vez. Para aquellos que caminaban a cuatro patas durante el día y sobre dos piernas durante la noche.

Todos los perseguían y no había ningún refugio para ellos.

Su historia, como todas las historias, tiene un comienzo. Un comienzo durante el cual el amor eterno se tornó en una maldición. Hace miles de años hubo un rey griego cuya reina lo era todo para él. Pero su reina guardaba un oscuro secreto. Porque la suya era una estirpe maldita.

Más de dos mil años antes de su nacimiento, su gente cometió un trágico error. Asesinaron a la amante y al hijo del dios griego Apolo. En venganza por su muerte, el dios lanzó tres maldiciones sobre la estirpe de la reina. Tendrían que beber la sangre de sus semejantes para sobrevivir. Jamás podrían volver a caminar bajo la luz del sol. Pero la tercera maldición fue la peor: todos morirían de forma lenta y dolorosa el día de su vigésimo séptimo cumpleaños.

La maldición del dios demostró ser cierta y la joven reina se convirtió dolorosamente en polvo el mismo día que cumplió veintisiete años. Incapaz de hacer algo para detener el proceso, el rey la vio morir mientras lo llamaba a gritos. Cuando ella se fue, comprendió que sus dos hijos esta-

ban abocados a sufrir el mismo y aciago destino que había sufrido su madre.

Incapaz de enfrentarse a la pérdida de sus dos vástagos, el rey recurrió a la magia para alargar sus vidas. Reunió a los miembros de la estirpe de su mujer, llamados apolitas, y experimentó con ellos los más oscuros hechizos. Tras unir su fuerza vital humana con la de las razas animales más fuertes, creó dos razas. Los arcadios, poseedores de un corazón humano, y los katagarios, poseedores de un corazón animal.

Los arcadios eran, en esencia, humanos capaces de adoptar forma animal una vez que alcanzaban la pubertad, acontecimiento que se producía alrededor de los veinticinco años. Los katagarios eran animales capaces de adoptar forma humana una vez que alcanzaban la pubertad, prácticamente al mismo tiempo que los arcadios. Dos caras de la misma moneda. Dos especies nacidas con la capacidad de emplear la magia y de viajar a través del tiempo en las noches de luna llena.

A la postre, la maldición del dios griego dejó de afectar a aquellos apolitas que habían sido transformados en hombres y animales. Puesto que no eran verdaderos apolitas, la maldición de Apolo no tenía ningún efecto sobre ellos. O eso creyó el rey hasta que la antigua deidad trasladó sus quejas a las Moiras.

—¿Quién eres tú para frustrar los designios de un dios?
—exigieron saber estas al unísono.

El rey contestó de forma desafiante:

—Tal como habría hecho cualquier padre merecedor de ese nombre, he protegido a mis hijos. Nadie les arrebatará la vida de forma innecesaria por un acto en el que no participaron.

Sin embargo, su respuesta no las satisfizo. La arrogancia del rey las enfureció. ¿Cómo se atrevía a buscar el modo de alterar el destino de los apolitas con los que había experi-

mentado? Como castigo le exigieron matar a los arcadios y a los katagarios, comenzando por sus propios hijos.

El rey se negó.

—En ese caso, jamás habrá paz entre ellos —decretaron las Moiras—. De ahora en adelante, entre arcadios y katagarios solo habrá disputas. Se perseguirán y se matarán hasta que no quede ni un solo miembro de su estirpe.

Y así ha sido durante miles de años. Los arcadios han matado a los katagarios que, a su vez, han matado a los arcadios. Su guerra prosigue hoy en día...

Y así seguirá.

Sin embargo, tal como sucede en todas las guerras, en algunos momentos se necesitaban breves treguas. Savitar, mediador imparcial entre arcadios y katagarios, estableció los *limani* o santuarios, donde tanto katagarios como arcadios podían verse libres de la persecución. En esos lugares podían descansar un tiempo antes de reunirse con los suyos y retomar la lucha.

Lograr que un lugar sea designado santuario no es fácil; pero, en cuanto se consigue, ni hombres ni bestias pueden quebrantar las normas del *limani*. No sin arriesgarse a sufrir la ira de arcadios y katagarios por igual.

Regentar un santuario es un honor sagrado y, al mismo tiempo, una enorme responsabilidad. La paz siempre exige un sacrificio. Y pocos han sacrificado tanto como el clan oso que regenta el santuario de Nueva Orleans...

1

«La ley, al igual que la vida, es una sucesión de pruebas...»

Las palabras que aparecían en su libro de texto resonaron en la cabeza de Marguerite D'Aubert Goudeau y conjuraron la frase que solía repetir Nick Gautier, su amigo y compañero de estudios: «Claro, tío. La vida es una puta prueba a la que sobrevives o en la que fracasas. Como soy de los que creen que el fracaso es una mierda, tengo toda la intención de sobrevivir y de partirme el culo a costa de los perdedores».

Una triste sonrisa asomó a sus labios cuando el dolor le atravesó el corazón. Recordaba perfectamente a Nick y su sarcástica visión de la vida, el amor, la muerte y demás vicisitudes. Era un hacha para sacarse frases lapidarias de la manga.

¡Dios, cuánto lo echaba de menos! Era lo más parecido a un hermano que había tenido, y no pasaba un día sin que sintiera su falta en lo más profundo del alma.

Seguía sin creer que hubiera muerto. Que un día, hacía justamente seis meses, su madre, Cherise Gautier, fuera hallada muerta en su casa de Bourbon Street y que Nick desapareciera misteriosamente sin dejar rastro. Las autoridades de Nueva Orleans estaban convencidas de que él la mató.

Pero ella sabía que no.

Nadie podía querer tanto a su madre como la quería Nick. Si Cherise Gautier estaba muerta, Nick también lo estaba. Nadie podría haberle hecho daño sin enfrentarse a su furia. Absolutamente nadie.

Estaba convencida de que había ido a por quien la había matado y había acabado muerto. Probablemente estuviera en el fondo de algún pantano. Por eso nadie había vuelto a verlo desde entonces. Y eso le destrozaba el corazón. Nick había sido un buen hombre, un protector nato. Un tipo que inspiraba confianza y que sabía divertirse.

Había sido un soplo de aire fresco y una maravillosa bocanada de realidad en su estirado mundo, donde no podía decirse ni hacerse nada mal. Por eso quería recuperar a su amigo con tanta desesperación.

Como al mismo Nick le diría, su vida era una mierda. Sus amigos eran superficiales, su padre era un neurótico obsesionado con investigar el pasado y la familia de cualquier chico en el que la creía interesada. A sus ojos, ninguno era aceptable desde el punto de vista social. Peor aún, todos eran inferiores.

Odiaba esa expresión con toda su alma.

«Tienes un destino que cumplir, Marguerite.»

Claro, estaba destinada a acabar encerrada en un manicomio o a pasarse sola el resto de su vida para que no pudiera avergonzar de ninguna manera a su padre o a su familia.

Suspiró cuando volvió a clavar la vista en su libro de derecho y sintió las ya familiares lágrimas en los ojos. A Nick nunca le había gustado estudiar en la biblioteca.

Cuando estaba en su grupo de estudio, solían reunirse en casa de Nick cuatro días a la semana.

Pero esos días habían llegado a su fin y lo único que le quedaba eran chicos presuntuosos que solo se sentían bien consigo mismos rebajando a los demás.

—¿Estás bien, Margaux?

Carraspeó al escuchar la pregunta de Elise Lenora Berwick. Elise era una rubia alta con un cuerpo perfecto. Perfectamente operado, claro. A sus veinticuatro años, ya había pasado por seis operaciones de cirugía estética para corregir minúsculas imperfecciones. En el instituto Elise fue

la debutante estrella de Nueva Orleans, y en ese momento era la reina de la belleza de la Universidad de Tulane.

Eran amigas desde el colegio. De hecho, fue Elise quien organizó el grupo de estudio tres años atrás. A Elise nunca le había gustado hincar los codos, de modo que se le ocurrió hacer un grupo de estudio para que la ayudaran a aprobar las asignaturas. Aunque a ella no le importaba en lo más mínimo. En realidad admiraba su ingenio y le gustaba observarla mientras manipulaba a los demás para salirse con la suya.

Solo Nick y ella habían descubierto a la verdadera Elise. Al igual que ella, Nick era inmune a las maquinaciones de la rubia. Pero no pasaba nada. De no ser por Elise, jamás habría entablado una relación tan estrecha con Nick, y eso sí que habría sido una verdadera tragedia.

Sin Nick, el grupo estaba compuesto por Elise, Todd Middleton Chatelaine, Blaine Hunter Landry, Whitney Logan Trahan y ella. Y eso era lo que más le dolía.

¿Por qué no estás aquí, Nick? Ahora mismo me vendría muy bien tu sentido del humor, pensó.

Jugueteó con las hojas del libro mientras recordaba la imagen de Nick.

—Estaba pensando en Nick. Le encantaba esta jerga legal.

—Y tanto que le gustaba —dijo Todd al tiempo que levantaba la cabeza. Era un chico moreno y guapo, con el pelo muy corto. Llevaba un carísimo jersey rojo de Tommy Hilfiger y unos chinos—. Si no hubiera sido un delincuente de dudosa procedencia, podría haberle hecho la competencia a tu padre algún día, Margaux.

Intentó disimular lo mucho que odiaba el diminutivo que insistían en utilizar. Parecían convencidos de que su relación era más especial si la llamaban de una manera distinta a los demás. Pero la verdad era que prefería el simple «Maggie» que solo utilizaba Nick. Aunque, cómo no, era un apodo demasiado vulgar para alguien que procedía de una

familia tan refinada como la suya. A su padre le habría dado un ataque si hubiera llegado a escucharlo de boca de Nick.

Pero ella lo prefería. Encajaba muchísimo mejor con su aspecto y con su personalidad que «Marguerite» o «Margaux».

Ya nadie volvería a llamarla Maggie...

Un dolor abrumador le inundó el corazón. ¿Cómo era posible que doliera tanto?

—Sigo sin creerme que no esté aquí —susurró al tiempo que parpadeaba para no llorar. Una parte de sí misma seguía esperando que apareciera por la puerta con esa sonrisa traviesa en los labios y una bolsa de *beignets* en la mano.

Pero no lo haría. Jamás.

—De buena nos libramos —dijo Blaine con desdén mientras se echaba hacia atrás en la silla. Con su metro ochenta, su cuerpo atlético y su pelo negro, Blaine se consideraba un regalo caído del cielo para las mujeres. Su familia era rica y tenía buenos contactos, cosa que le había dado unos aires de grandeza desmesurados.

Además, odiaba a Nick porque jamás había pasado por alto su esnobismo y le había dicho un par de verdades en alguna que otra ocasión.

—Estás cabreado porque siempre sacaba mejores notas que tú en los exámenes —replicó, echando chispas por los ojos.

Blaine torció el gesto.

—Copiaba.

Sí, claro. Todos sabían que era mentira. Nick era muy inteligente. Aunque era vulgar y en ocasiones hasta grosero en sus comentarios, se había ganado su amistad y la había ayudado con algunas asignaturas a espaldas del grupo de estudio. De no ser por él, habría suspendido Historia Antigua, una asignatura impartida por el profesor Julian Alexander, que había sido su tutor.

Todd cerró el libro y lo apartó.

—No sé... Creo que deberíamos hacer algo para despedirnos oficialmente de Nick. Al fin y al cabo, formaba parte del grupo.

Blaine resopló.

—¿Y qué se te ha ocurrido? ¿Que quememos una barrita de incienso para eliminar su peste?

Whitney le dio una palmadita en la pierna.

—Ya vale, Blaine. Estás disgustando a la pobre Margaux. Ella consideraba a Nick su amigo.

—No me entra en la cabeza, la verdad.

Eso hizo que se tensara y que lo mirase con los ojos entrecerrados.

—Nick era agradable y se preocupaba por la gente. —A diferencia de ellos. Nick no era presuntuoso ni distante. Tenía los pies en el suelo y se preocupaba por las personas con indiferencia de sus familias o de sus fortunas.

Era un ser humano.

—Ya sé lo que vamos a hacer —dijo Elise, que también cerró su libro—. ¿Por qué no vamos al sitio ese del que no dejaba de hablar? Ya sabéis, donde trabajaba su madre.

—¿El Santuario? —Blaine parecía asqueado. Era la primera vez que veía a un hombre hacer un mohín semejante. Elvis se habría muerto de envidia—. Tengo entendido que está al otro lado del Barrio Francés. ¡Qué vulgar!

—Me gusta la idea —dijo Todd mientras guardaba el libro en su mochila de marca—. Me encanta darme un chapuzón en los bajos fondos.

Blaine lo miró con sorna.

—Ya me lo habían dicho, Todd. Es la maldición de los nuevos ricos.

Todd le devolvió la mirada sin pestañear.

—Vale, quédate aquí sentado para que no nos quiten el sitio, a ver si el culo se te acaba poniendo del mismo tamaño que el ego. —Se puso en pie y la miró—. Creo que deberíamos despedirnos de nuestro no tan estimado compa-

ñero, y ¿qué mejor manera de hacerlo que beber garrafón en su bar preferido?

Blaine puso los ojos en blanco.

—No me extrañaría que pillaseis hepatitis.

—No creo —dijo Whitney. Aunque miró a Todd con un brillo atemorizado en sus ojos azules—. ¿Verdad?

—No —contestó ella con voz tajante mientras guardaba sus libros—. Blaine es un cobarde.

El susodicho la miró con una ceja enarcada.

—Ni hablar. Lo que pasa es que mi árbol genealógico es perfecto y no me apetece mezclarme con la chusma.

Levantó la barbilla al escuchar ese golpe bajo. Todos sabían que su madre era cajún, nacida en Slidell, y que estaba muy por debajo de su padre desde el punto de vista social. Aunque había ido a la universidad gracias a una beca y había sido Miss Luisiana, su matrimonio fue un gran escándalo.

Al final ese desastre fue lo que la condujo a la muerte.

Solo un cerdo le soltaría a la cara algo así.

—Tu gilipollez sí que es perfecta... —replicó entre dientes al tiempo que se levantaba. Metió el libro con fuerza en su mochila de Prada—. Nick tenía razón, eres un gallina cascarrabias y lo que necesitas es que alguien te dé una buena hostia.

Las chicas se quedaron de piedra al escucharla, pero Todd se echó a reír.

Blaine adquirió un interesante tono rojo.

—Me encanta esa chispa cajún —le aseguró Todd mientras se colocaba a su lado—. Vamos, Margaux, estaré encantado de protegerte. —Miró a las otras dos—. ¿Os venís?

Whitney parecía una niña a punto de rebasar su hora de irse a la cama.

—A mis padres les daría algo si supieran que me he metido en un antro. Contad conmigo.

Elise también asintió con la cabeza.

Miraron a Blaine, que resopló con desdén.

—Cuando os estéis retorciendo por la disentería, recordad quién hizo de voz de la razón.

—El doctor Blaine, residente especialista —replicó ella, colgándose la mochila—. Ya te hemos entendido.

A juzgar por su expresión, supo que estaba deseando devolvérsela, pero las buenas maneras y el sentido común lo detuvieron. No era muy sensato insultar dos veces a la hija de un senador de Estados Unidos si se tenía pensado conseguir un puesto de becario con dicho senador al llegar el otoño.

Y eso fue lo que hizo que Blaine se uniera al grupo cuando echaron a andar hacia el todoterreno de Todd.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó Whitney en cuanto entraron en el famoso bar de moteros conocido como el Santuario.

Ella también estaba contemplando con los ojos como platos el oscuro interior, que parecía necesitar una buena limpieza después de todo. El estilo de la clientela era variopinto, desde el cuero típico de los moteros a los vaqueros y camisetas de manga corta. Las sillas y mesas ni siquiera combinaban. El escenario estaba pintado de negro con parches grises, rojos y blancos; y las mesas de billar parecían haber sobrevivido a varias peleas.

Incluso había serrín esparcido por el suelo, lo que le recordó a las tabernas de las películas de vaqueros.

La barra, situada a su derecha, estaba atestada de tíos de aspecto rudo que bebían cerveza y se hablaban a gritos. Había una escalera de madera que llevaba a una zona elevada, pero desde abajo no se veía lo que pasaba allí arriba. «Nada bueno» fue lo primero que se le ocurrió. Allí arriba no podía pasar nada bueno.

El lugar era definitivamente vulgar.

Sin embargo, le resultó muy curioso la gran cantidad de tíos buenos que trabajaban allí. Estaban por todas partes.

Detrás de la barra, sirviendo mesas, de porteros... Nunca había visto nada parecido. Era un banquete de testosterona.

Elise se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

—Creo que he muerto y he ido al cielo. ¿Has visto alguna vez tantos tíos buenos juntos?

Solo atinó a negar con la cabeza. Era increíble. Era raro que la prensa no se hubiera enterado y hubiera enviado un equipo de televisión a investigar si había algo en el agua para conseguir tal concentración de especímenes superiores.

Incluso Whitney estaba con la boca abierta y era incapaz de apartar la vista.

—¿Qué es esa música? —preguntó Blaine con cara de asco al escuchar la nueva canción que sonaba por los altavoces.

—¡Creo que se llama heavy metal! —gritó Todd para hacerse oír por encima del solo de guitarra.

—Pues yo la llamaría «ensordecidora» —dijo Whitney—. ¿De verdad que Nick venía por aquí?

Ella asintió con la cabeza. A Nick le encantaba ese bar. Se había pasado horas contándole cosas del lugar y de las personas tan raras que lo consideraban su casa.

—Según él, hacen las mejores salchichas *andouille* del mundo.

Blaine resopló.

—Lo dudo mucho.

Todd señaló con la cabeza una mesa libre situada al fondo.

—Creo que deberíamos sentarnos y tomarnos algo a la memoria de Nick. De todas maneras, solo se vive una vez.

—Si bebes de estos vasos, es posible que no sobrevivas a esta noche —soltó Blaine. No parecía muy entusiasmado mientras seguían a Todd hacia la mesa y se sentaban.

Ella se quitó la mochila del hombro y sacó el bolso antes de colocarla debajo de la mesa. Acto seguido, colgó el

bolso del respaldo de la silla y se sentó. El lugar era muy ruidoso, pero no le costaba nada imaginarse a Nick allí. Había algo en ese sitio que le recordaba a él. Además de la decoración tan hortera, claro. Siempre había pensado que vestía en plan hortera a propósito, para picar a la gente.

Para ella, ese era uno de sus rasgos más encantadores. Porque era la única persona que conocía que pasaba por completo de la opinión de los demás. Nick era Nick, y si no te gustaba, ya podías largarte por donde habías llegado.

—¿Os pongo algo, chicos?

Cuando levantó la vista, vio a una rubia despampanante que parecía tener su misma edad. Llevaba unos vaqueros ajustados y una diminuta camiseta con el logotipo del bar, que era una moto aparcada en una colina y recortada contra la luna llena. Bajo el logotipo se leía: EL SANTUARIO, HOGAR DE LOS HOWLERS.

Blaine se la comió con los ojos pero ella pasó por completo del tema.

—Sí, Westvleteren 8 para todos.

La camarera frunció el ceño al escuchar la marca de cerveza y luego ladeó la cabeza como si quisiera agudizar el oído.

—¿Cómo has dicho?

Blaine adoptó su archiconocido mohín desdeñoso y empleó la voz exasperada que siempre utilizaba para hablar con gente a la que consideraba tonta.

—Es cerveza belga, guapa. Por favor, dime que al menos te suena.

La camarera lo fulminó con la mirada.

—Chaval, nací en Bruselas. Si no recuerdo mal, estamos en Estados Unidos, no en Bélgica, así que ya puedes ir pidiendo una cerveza americana o te traigo un vaso de agua para que puedas quedarte sentadito y comportarte como un pijo hasta que te hartes, ¿vale?

Blaine parecía a punto de estrangularla.

—¿Sabe el gerente que tratas a los clientes de esta manera?

La camarera lo miró con una mueca burlona y desdeñosa.

—Si quieres hablar con mi madre (la propietaria de este bar), con mi hermano (que lo dirige y para el que soy la niña de sus ojos) o con mi padre (a quien le encanta patear culos a diestro y siniestro), sobre cómo te he tratado, dímelo y voy a por cualquiera de ellos ahora mismo. Sé que les encantará perder el tiempo contigo. Son muy comprensivos...

—Yo tomaré una Bud Light, gracias —dijo ella, conteniendo una carcajada. No conocía a la chica, pero comenzaba a caerle bien.

La camarera le guiñó el ojo con complicidad antes de anotar el pedido en la libreta.

—Yo también —dijo Todd.

Whitney y Elise también pidieron lo mismo.

Los tres se giraron hacia Blaine y esperaron a que soltara otro exabrupto.

—La mía que venga sin abrir, con una servilleta y un abridor.

La camarera volvió a ladear la cabeza, esta vez con un brillo malicioso en los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que escupa dentro, chavalote?

Todd se echó a reír.

Antes de que Blaine pudiera responder, la rubia se alejó de la mesa.

No obstante, la sonrisa que Marguerite estaba esbozando desapareció al sentir algo extraño... Se le erizó el vello de la nuca. Era como si alguien la estuviera observando.

Atentamente.

De forma amenazadora.

Volvió la cabeza y ojeó la multitud en busca de la causa de su incomodidad. Pero no encontró nada. Nadie parecía